

C U E N T O S C U B A N O S

CUBA Y PUERTO RICO SON



Edición: Emilio Hernández Valdés
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde
Emplane computadorizado: Vani Pedraza García
Composición: Aníbal Cersa García

© Sobre la presente edición:
Ediciones Memoria
Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 1999

ISBN: 959-7135-02-7

Ediciones Memoria
Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau
Calle de la Muralla No. 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
Correo electrónico: vcasaus@colombus.cu vcasaus@artsoft.cult.cu

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

Anhedonia
(Historia de dos mujeres)*

Mylene Fernández Pintado

*Dulces son las melodías oídas,
pero más dulces aún
son las nunca escuchadas.*
Keats
«La urna griega»

Sabina es predecible, el futuro de Sabina era predecible en el pasado, o sea, el presente de Sabina era predecible cuando el pasado era presente. ¡Qué lío! Todo el mundo la respetaba, iniciaba los juegos y los terminaba, se burlaba de las personas y las cosas con un ingenio cruel pero delicioso; sin embargo, nadie hizo nunca una broma a su costa. Ser su amiga era como tener una tarjeta de crédito dorada; quienes nos deben están encantados de pagarnos. Así era cuando ella necesitaba algo. Todos estaban dispuestos a ofrecérselo y en especial a ofrecer su compañía, su oído a sus palabras, su mano a la de ella. ¿Por qué me escogió a mí? Yo la admiraba en secreto: su seguridad, su sabiduría, su chispa, su mundo, pero estaba demasiado temerosa para reclamar su atención y seguí haciendo mi vida mirándola desde lejos sin atreverme a acercarme y sucedió. Estaba imitando a todos con considerable éxito en el estrado del aula y cuando llegó a mí, dijo: no, tú no, eres demasiado corriente. Acto seguido, cambió sus libros a mi mesa y desde entonces se sentó junto a mí en todos los lugares donde cupieron dos personas. Incluso el día de mi boda, arrimó una silla al lado de las dos puestas allí y se sentó. Aquí está, en esta foto y en las demás, con su garzón oscuro, sus labios finos y su cara de que todo lo que sucedía era porque ella lo consentía. En cierta forma era así: decía que el azar sorprende a los tontos y a los vagos. Que su vida era un guión escrito por ella misma y por supuesto, un buen guión en el que nada falta ni sobra. Sí, ella permitió que yo me casara, pero sólo eso; permitir, que significa dejar hacer, no hacer una. Sergio le parecía indigno de mí, poca

cosa, ¡yo era tan brillante! Pero bueno, era un capricho y se podía tolerar. Pero hasta ahí llegó. Bailó toda la noche y luego se escapó con el mejor amigo de mis padres, que estaba allí con su esposa e hijos y no lo devolvió hasta una semana después, sin portafolio, agenda, tarjetas de visitas y pluma de fuente. El pobre hombre sufrió una crisis de identidad. Su esposa lo colocó en el último cuarto de la casa y lo obligó a contestar al teléfono y pedir los favores para los demás. Se murió después. Dicen que estaba enfermo. Yo sé que Sabina lo enfermó y lo hizo dependiente, suministrándole grandes dosis de felicidad; luego se las cortó y él no pudo resistir. Yo sí. Soy una sobreviviente y muy digna, porque desde el día de mi boda no la volví a ver hasta hoy. Siete años es un tiempo largo, aunque lo único que yo haya hecho en este sea tener un trabajo en el que soy inteligente y gris como una neurona y mi hijo, para el que soy encantadora, porque madre sólo hay una. Si tuviera dos, yo estaría en segundo lugar. Todos los días son iguales, no: hoy discuto con mi jefe, mañana me arreglo y pasado se enferma Víctor Manuel (le puse así por el cantante español de «sólo pienso en ti», por el pintor de las gitanas tropicales y por un vecino ebrio y fantaseador que tiene una mujer y una hija arpías con las que actúa como Don Quijote frente a los molinos, sin ninguna posibilidad; pero es un resistente y yo lo admiro por eso).

Un bebé es un cambio de vida textual: mi estreno como madre fue traumático. Luego de pasarme todo el día desaliñada, con las manos ásperas y los ojos opacos, me acostaba a dormir pensando que quizás al día siguiente sería diferente. Nunca lo fue. Tardé bastante en comprender que la maternidad plena supone que se disfrute amorosa y magnánimamente todo esto y que el balance debe ser que uno se sienta feliz por ello. Pero mi capacidad de resignación era inferior a la media. A veces me sorprendía con Víctor cargado pensando en otras cosas en lugar de enseñarle a decir mamá y papá. ¿Cómo hubiera sido sin Sergio y sin Víctor? Como Sabina. Independiente, única en sí misma, sin compromisos de tiempo ni sentimientos; como una mujer madura a quien Mefistófeles le regaló todo el tiempo del mundo para sí. ¿A cambio de qué?

Sabina era profesionalmente explosiva. Siempre hacía cosas que evidenciaran su IQ. Disfrutaba el hablar su lenguaje raro, lleno de citas rebuscadas como para su propio consumo (y el mío). Yo era una especie de mensajero entre ella y el resto de los simples mortales que no conocían a Anatole France ni oían a Wagner. Puedo imaginarla hoy segura, eficiente, dura y exquisitamente profesional. Toda una ejecutiva. Sin verla, me fue dejando migajas para indicarme su camino. Un libro publicado, una comparecencia en TV, una entrevista en una revista mensual, estudios en el extranjero y muchos amigos comunes que comentaban sus éxitos como algo que estaba escrito en las estrellas. En cambio yo, a veces me sorprendo en mi estúpida cotidianidad y mi trabajo mediocre, donde todos creen que soy eficiente pero eso no surte ningún efecto favorable, aparte de que no he de esforzarme para resolver los problemas. Soy una perfecta hacedora de cosas que no genera iniciativas. Sabina siempre estaba llena de ideas y su vida laboral es la que siempre imaginé. Comidas de negocios, télex, fax, secretaria, chofer, influencias; toda una persona mayor que hace un trabajo serio.

No se ha casado. Sé que eso no le importa. Tendrá todos los amantes que quiera. Y los abandonará sin el menor escrúpulo. La opinión que le merece el sexo opuesto no debe haber cambiado con los años. Cada momento de tu vida, lo mismo unas vacaciones que un curso, debe tener asociado un rostro y un nombre, pero sólo eso, me decía.

Sabina era superior a todos los muchachos; flirteaba un poco, se burlaba de ellos, no los tomaba en serio. Tenía miles de romances que comenzaban y acababan sin que ella lo sintiera. Vivía la adolescencia desde la perspectiva de la madurez. Como si a una mujer de treinta años le dieran la oportunidad de tener de nuevo quince. Sabía que esa etapa no era de decisiones trascendentales. Era como si estuviera pasando en limpio, luego de corregido y mejorado, el borrador de esa etapa, con la despreocupación y el desenfado con que se desea haberla vivido cuando ya no hay remedio. La adolescencia es grave, contrariamente a lo que todos describen. Cada paso y cada actitud nos parecen hechos irreversibles, sin marcha atrás, definitivos.

Sufrimos ante la inminencia de cada acto, necesitamos ayuda y siempre estamos solos con nosotros mismos.

Sabina venía de vuelta, ningún muchacho estaba incluido en su futuro, no le importaba lo que pensara nadie. Alguien le había revelado cómo sería de mayor y estaba disfrutando mientras tanto como un estudiante disfruta las vacaciones previas a un difícil curso.

Su relación con Sergio era así, leve y burlona. No lo apreciaba seriamente. Le sorprendió mucho el noviazgo pero fue una especie de guardiana de nuestra felicidad. Casi creo que fue a la boda para cerciorarse de mi disparate. Yo no lo llamaría así. Creo que hice con Sergio lo que con todas las demás cosas: me dejé llevar, querer, embarazar, sin esforzarme; llevada por mi comodidad congénita.

Es como si yo no viviera mi vida, sino que prestara mi persona para que otros la ubicaran en los lugares necesarios para vivir la de ellos. La madre de Víctor, la esposa de Sergio.

Todavía no puedo ubicar bien en qué momento Sergio dejó de enamorarme para adoptarme; debe haber sido lentamente, sin darme cuenta. Yo soy flemática y él es sanguíneo. Poco a poco le fui entregando mis cosas; era más cómodo, él tiene energía por los dos y así nunca corro el riesgo de equivocarme. Él sí. Ahora es tarde para recuperar el control de nuestra vida en común; ni siquiera puedo recuperar el de la mía individual. Él sabe todo, lo que me conviene a mí, a Víctor, a la casa, a mi trabajo, mi familia, amigos, *hobbies*. A veces (para ser sincera, son las menos) discutimos; cuando digo discutir no hablo de exponer cada uno de nosotros puntos de vista diferentes y enfrentarlos con raciocinio, sino de ataques de histeria provocados por tantas cosas acumuladas sin salida, lo cual provoca que yo le deje de hablar tres días porque demoró en contestar al teléfono. Sólo yo sé que esa reacción es una respuesta concentrada a mis inconformidades de hace tres meses. Pero como no se lo digo, Sergio vive convencido de que soy una neurótica con respuestas descomunales para cosas insignificantes en las que además nunca tengo la razón. Pero la mayoría de las veces estoy demasiado cansada para discutir, entonces lo dejo vivir por los dos. Mi venganza es otra: mi alma no está casada con nadie y yo haría cualquier cosa por él menos entregarle mi empedernido espíritu soltero. Asumo la consecuencia de un matrimonio que no tiene nada entre bambalinas. Para los demás somos una pareja ingeniosa con una alegre armonía por contraste. Pero entre una representación y el ensayo diario hay muchas diferencias.

Nuestra vida se muestra a los otros como fotografías o viñetas, o escenas (para hablar de movimiento). Estos pequeños intervalos de tiempo permiten a quienes no viven con nosotros cada día hacer conclusiones sobre cómo nos va.

No es igual encontrarnos con un conocido a la salida de un teatro que en la cola de una farmacia, aunque hayamos ido al teatro como opción al suicidio o a la farmacia a comprar gravinol porque nos vamos de viaje y nos mareamos siempre; porque esas explicaciones no forman parte de la fotografía, del instante en que brindamos información. Claro, las personas le ponen pasado y futuro a su estampa y así tratan de desvirtuar la imagen que nos ofrecen involuntariamente, con historias de causas y consecuencias, premisas y perspectivas; pero esas acotaciones no tienen tanto valor como el hecho de haber sido tomados por sorpresa en un momento de sus vidas.

Recuerdo una noche en que Sergio y yo cenábamos en un restaurante de lujo; era una noche de esas que a uno le parece que cierran capítulos de su vida. Su padre le había prestado el carro, yo me había cortado el pelo el día antes, estábamos elegantísimos y al día siguiente nos íbamos a la playa de vacaciones. Nos encontramos con un conocido, quien se llevó de recuerdo la imagen de bienestar material y espiritual de que disfrutábamos. A la salida nos rompimos, cuando fui a buscar ayuda perdí mi cartera; Sergio se hizo un esguince tratando de mover el carro y cuando llegamos a casa casi al amanecer, muertos de hambre y empapados en sudor, habíamos recibido una llamada sobre un error en la reservación por lo que nuestras vacaciones peligraban. El conocido, sin embargo, con su atuendo rozando la marginalidad, dirigía un grupo humorístico y al poco tiempo recibieron una oferta de trabajo en el extranjero donde tienen muchísimo éxito.

Cuando nos encontramos Sabina y yo al cabo de tantos años mi viñeta era de las peores a imaginar. Como si yo tuviera un cuño estampado en la frente que me clasificara: mediocre, aburrida y resignada, una trilogía nada envidiable.

La noche pasada Víctor estuvo con mucha fiebre. Sergio y yo aprovechamos la madrugada en vela junto a su camita para decirnos las cosas desagradables que generan el temor, el cansancio, el remordimiento. Repasamos una y otra vez nuestro interminable rosario de culpas y errores, nos offendimos, herimos, gritamos, ironizamos. Al amanecer ya no nos reconocimos; yo fui para el hospital y él para la oficina. Mi estancia en la consulta me provocó una paranoia a los virus infantiles que nos rodean, corren tras nosotros y se abalanzan si nos ven desprevenidos.

Ahí estaba yo, parada en la calle 17, que es para mí la calle más linda y más triste del Vedado; bajo un sol que dejaba caer sus rayos con una verticalidad carente de imaginación, intentando moverme en una ciudad petrificada, cansada y compartiendo la energía que me quedaba entre dos cosas: cargar a Víctor Manuel y pensar que lo único acertado en mi vida desde mi nacimiento era el riguroso control de peso que había evitado que hoy fuera toda una *mamma* napolitana.

Sabina apareció para poner movimiento en una escena cuyo «tempo» era digno de un filme de Tarkovski. Para, como un caballero andante, interponerse entre los débiles y lo inevitable, entre mi frustración y la inercia del asfalto; para resolver mis problemas como hago yo con las caídas y llantos de Víctor, recordándome, desde su dimensión, la mía; ostentando su pagana trinidad: éxito, ambición y pragmatismo.

Casi no conversamos. Yo, porque estaba controlando los desmanes de Víctor Manuel y ella porque supuso, seguro de forma acertada, que ya no hablábamos el mismo lenguaje. Yo no tuve que preguntar para saber que tiene todo lo que quiere, y que lo que le falta, no está muy lejos de ser conquistado por su energía y sus deseos. No hablé mucho de mí, no tengo nada que contarle; mi vida no cumple el más mínimo de los requisitos que exigen sus oídos para prestarme atención. Creo que le agradecí su silencio tolerante y comprensivo. Al despedirnos se le quedó mirando a Víctor, que luchaba desesperadamente por soltarse de mi mano para ir dando patadas a las piedras del jardín hasta la puerta. Entonces la invité al cumpleaños y me arrepentí casi a la mitad de la frase; pero luego pensé que en unos instantes ella lo habría olvidado y que, luego de dedicarme un segundo de silencio conmisericordioso, seguiría su avasallador viaje en ese tren que yo sólo veo pasar.

Sabina conduce y piensa que el auto es una mierda y que todos los mecánicos unidos debían hacer un gremio y bautizarlo «los cuarenta ladrones de Alí Babá». Siempre que lo arreglan le dejan algo roto, un pequeñito problema que además, nunca es evidente el primer día y luego va creciendo; entonces, cuando ella lo lleva y se lo cuenta, este la mira con una cara entre la burla y la piedad y la trata como los pediatras a las madres novatas que les confían sus hijos sin darse cuenta que ellos nunca saben lo que realmente les pasa. El bebé de Verónica tiene catarro, pero para eso hay que ir al médico: mucho líquido, inhalaciones y un expectorante. Pero Verónica es respetuosa y obediente; no, es vaga, le gusta que otros piensen por ella, así no se rompe la cabeza. Verónica se deja llevar... y todo le sale bien. Es una mamá joven y linda a quien todos ayudan con el bebé fuerte y sano. Sergio la adora y ella mantiene hacia todos una languidez como quien condescendentemente se deja amar.

Envidiable abulia, sin lucha. Nos hace el favor sereno de admitirnos pero nunca nos llega a querer porque eso requiere una fuerza que ella no tiene, al menos destinada para eso. Creo que tampoco se quiere mucho ella misma.

Desde niña fue majestuosa, jamás pidió nada en voz alta, ni se rió estridentemente. Nunca fue centro; los reyes no lo son, sino los bufones, los gladiadores, los cristianos y todos los que les sirven. Sin pelado ni ropa excéntrica, amable y distante con todos, sin interesarse demasiado por nada, ni siquiera por mí.

El día que decidí que íbamos a ser amigas comenzó con una paradoja. Eso de imitar a la gente es un poco probarse ropa para ver cuál se ajusta mejor a nosotros; claro, siempre hay alguna con la que no hacemos el intento porque no es para nosotros. Eso pasaba con ella; como mismo una muchacha gorda no se viste ceñido yo no me atrevía a ser como esos tonos pasteles de su persona porque para eso había que tener el aura de Verónica y yo no nací así. Era una persona normal, no era loca ni despistada; nada, ningún adjetivo superlativo. Era fantásticamente común, con las proporciones exactas de cada ingrediente; como una ropa

discreta y elegante, que no sabemos qué tiene y es que está bien cortada. Yo no tuve esa paz de espíritu, ni esa armonía psíquica. No tenía fe como para darme el lujo de ser simple. Quería sentarme a su lado porque no era posible sentarme dentro de ella. Podía incorporar a mi persona todo, menos su confianza en la normalidad. Adornarme con todo lo llamativo pero no tener una sencilla desnudez.

Manifesté mi desdén por su forma de ser porque me estaba defendiendo contra mi deseo irrealizable de descansar. Hoy soy una mujer madura y aún no lo he hecho, mi cabeza no tiene «*days off*». Todo el mundo es una tierra árida e inhóspita. Yo soy un colono dispuesto a luchar por establecerme en sus vidas y eso es terriblemente agotador. Ser recordado requiere muchas calorías.

No puedo ir por la vida tan desguarnecida como Verónica, porque yo no tengo la protección astral de ella; por supuesto que no la necesito. Imagino que las almas y el destino de la gente están guardados en algo así como las casillas de una carpeta de hotel, en formas de historias clínicas o expedientes laborales. Los ángeles de la guarda las piden y las estudian como los médicos con sus pacientes. Pues bien, el ángel de Verónica la cuida como si ella estuviera permanentemente en terapia intensiva. Tiene mucho trabajo porque su protegida va por la vida dejándole a él los ladrones, los conductores borrachos, los malos amigos, la resaca del mar, los perros rabiosos y el marido adúltero. Pienso que este buen señor quizás quisiera cuidarme a mí que soy más cooperativa, pero si le gusta la consagración, Verónica es una propuesta magnífica. A fin de cuentas los ángeles de la guarda son hombres y este ha de ser como un caballero protector enamorado de una damisela desvalida.

A los hombres no les gustan las mujeres inteligentes. Yo no soporto a los hombres estúpidos, por eso no me he casado y mi vida sentimental se reduce a acostarme con un ser brillante y amanerado que filosofa desde los cordones de los zapatos hasta la hemoglobina durante el orgasmo, entre otras cosas sobre la imposibilidad de romper su familia compuesta por una mujer idiota y dos niñas. ¡Todo un harén! Para ser sincera creo que lo mejor que tiene es que no me pone en primer lugar. Si algún día lo hiciera, yo correría espantada ante ese engendro que es el matrimonio, inventado por los hombres, que son incapaces de vivir sin alguien que los represente, los aliente y ayude con esa «falta de piedad característica de las mujeres», como leí en el mejor libro de un autor pedante e imaginativo. Pero no, a los hombres sí les gustan las mujeres inteligentes como Verónica. Yo no, yo sólo soy inteligente, neuronas sin hormonas. Ni siquiera el tipo más fanático a la inteligencia femenina que conozco fue para mí.

Por cierto, ⁸hay está casado con Verónica. Creo que yo lo amé mucho y creo también que con él me hubiera casado, le hubiera cocinado y armado escenas de celos (requisito que ni Marguerite Yourcenar puede dejar de cumplir si quiere mantener un matrimonio). ¡Dios qué tipo! Me decía «la leve Sabina». Teníamos una relación increíble, camaraderil, *sexy*, huidiza. Nunca nos dijimos que nos queríamos, ni que nos casaríamos, tendríamos hijos y esas cursilerías. Por eso él hoy está casado con otra y yo no lo he visto más. Lo tengo guardado con una especie de lujuria mística y como todos los recuerdos trascendentales de nuestra vida, ya no tiene olor, sabor, ni atmósfera evocadora. Lo cubre el polvillo de lo divino e intangible con una cortina que ya no podemos recorrer. Yo se lo presenté a Verónica. Ella no flirteó con él, se portó educadísima y agradable. Una tarde en su casa descubrí un casete de Grandfunk. Es de Sergio. Le gusta *Locomotion*. A mí no, yo prefiero *Bad Time*. También me prestó este libro. De pronto comprendí que Sergio era un idiota y Vero otra, que iban a tener un romance delicioso y envidiable y que eran dos almas compatibles en una dimensión desconocida para mí.

Literatura y música. Prestar libros y casetes. Pobre recurso de inicio de «*affaire*». Tienen la raquítica tarea de decir al otro lo que uno no tiene fuerza ni talento para ofrecer. Increíblemente actúan como *test* de Rorschach. Quien lee revistas *Hola* y oye a Juan Gabriel, no tiene nada que conversar con quien escucha a Joaquín Sabina y prefiere *La conjura de los necios*. Verónica y Sergio oyen a Víctor Manuel y leen *El tambor de hojalata*. Su diagnóstico es parecido.

Tienen un bebé. Bonito (como todos). Parece hecho con muchos deseos (!!!). Me miró y se rió. Tocó todo dentro del auto. Es un átomo. El misterio de la maternidad es insondable; una larga cadena sadomasoquista, además de unidireccional e irreversible. Siempre oigo madres haciendo historias del enorme trabajo que supone un hijo, pero evidentemente el balance es positivo porque la población del planeta continúa en ascenso pese a que todos coincidimos en

que la tierra se está convirtiendo en un lugar espantoso para vivir, pero como hasta ahora no hay otro...

Verónica debe pasar noches en vela con las consecuencias que esto trae consigo: arrugas, canas, cansancio físico y mental. Ya no es dueña de su tiempo y su persona está en un segundo lugar. Su casa y su vida son ahora un terrible desorden, pero ha de ser un desorden encantador decretado por este tiranillo de dos años que es una caja de Pandora a tiempo completo.

Yo no he tenido mucho roce con bebés. Eso supone que duermo todo lo que quiero, mi ropa nunca tiene papilla encima y no estoy obligada a telefonar para cambiar mis planes. Mis adornos están intactos y no le hago falta a nadie.

Me dijo que sigue trabajando donde siempre. A decir verdad Verónica es inteligente, lógica e intuitiva, tiene la sensibilidad y las angustias de los artistas y los genios; pero eso sólo lo sabemos nosotras. En la escuela era así, llegaba a conclusiones brillantes, concretaba lo abstracto y tenía una forma didáctica e ingenua de explicar las cosas que hacía pensar que eso se le podía ocurrir a cualquiera. Nunca fue agresiva ni se hizo notar, pero todos los profesores y condiscípulos sabían que era «especial».

Hoy ha de ser igual, admirada a una distancia respetuosa, marcada por ella de una manera imperceptible, trabajando con magníficos resultados sin esfuerzo, con todos dispuestos a brindarle la información necesaria y la asesoría requerida; las mujeres platónicamente prendadas de ella y los hombres sexualmente atraídos por su «lánguido *sex appeal*» estilo Marguerite Gautier que te aprisiona como un boquete en el hielo.

Supuse que algún día nos veríamos de nuevo. Mientras tanto, cuando me encontraba con amigos comunes no hablaba de ella, aunque deseaba mucho que alguien me contara; así supe que seguía casada con Sergio, que eran felices, que tenían un hijo y que Verónica siempre preguntaba por mí, con esa tranquila curiosidad que nos da el sabernos superiores y que la grandeza de espíritu le alcanzaba para alegrarse de cualquier cosa buena que me hubiera pasado. Creo que lo mejor no me ha sucedido aún. Va a ser morir. Supongo que soy la única persona que se va a morir a gusto; ahí voy a dejar de luchar conmigo y con los demás. Si algo me aterra (y me he convertido en una atea rabiosa) es la vida eterna; debe ser agotador vivir siempre, sin final. Como un tren sin estación de destino. Pero yo voy a descansar. A dormir como se duerme en un buen hotel cuando, luego de una ducha, corremos las cortinas y nos echamos en una cama confortable con la temperatura deseada, sin pensar en nada más que en lo cómodos que estamos. Yo nunca he estado así, siempre ha habido algo que me incomoda, algo que falta o sobra; yo no soy Libra y no tengo el menor sentido del equilibrio que siempre voy buscando. Mis platillos se inclinan inevitablemente a causa de detalles que abigarran o desolan partes de mi vida. Mi vida profesional abarrotada, barrocammente desordenada y paranoica, llena de enemigos potenciales, sustitutos indeseables, preguntas capciosas, segundas intenciones, diálogos versallescos; en fin, ese desgaste energético que es el exorbitante precio de unas migajas de éxito. Por otra parte, mi vida sentimental vacía y aburrida como un pasillo de escuela en una tarde de clases. En mi pasillo nunca habrá niños; no sé si los necesito, pero sí que estoy sola y los que me rodean me odian o me adulan, pero nadie me quiere. No soy «amable» como Verónica.

Cuando la encontré quería besarla, tocarle el pelo, decirle que estaba linda con un hijo al que yo podía querer como mío. Deseaba volver a vivir su vida con Sergio, con Víctor y con sus ángeles guardianes. Estaba parada en la acera con el bebé cargado. Como una *madonna* renacentista. O una foto de esas que ilustran las agendas de UNICEF. Paré el auto o creo que él paró solo, tan asustado como yo. Me bajé, abrí la puerta y ella subió. La llevé hasta su casa. Volví a abrir la puerta y ella bajó. Un chofer obediente prestando un eficiente servicio. Como si yo fuera el perrito de la RCA VICTOR y ella la voz del amo. Hay personas que nacieron para ejercer sobre quienes la rodean una tiranía muy dulce. Hablamos banalidades todo el viaje, pero sé que sigue siendo la misma. Me invitó al cumpleaños de Víctor Manuel («sólo pienso en ti... no puede haber nadie en este mundo tan feliz»). Por supuesto que no iré («sólo pienso en ti... juntos de la mano se les ve por el jardín»). Me ha costado muchos años rebasar la frustración de no ser ella. Volver a estar tan cerca de todo lo que quiero y no tengo, echaría por la borda tantos años de férrea disciplina espiritual y no puedo darme el lujo de una recaída.